

La violencia escolar como forma de convivencia de una sociedad

Nelia Tello

Es un hecho que en las escuelas secundarias hay violencia, siempre la ha habido, pero no se le veía desde una mirada crítica, e incluso llegó a considerársele necesaria: *la letra con sangre entra*. La violencia, su expresión y su sentido, era otra. Hoy se habla mucho de la violencia en las escuelas, la consideramos un problema pero ¿cómo y quién la define? ¿Cómo se expresa? ¿Cómo se atiende? ¿Qué se ha logrado?



RESUMEN

El artículo analiza la violencia escolar desde sus conexiones con la desigualdad y la impunidad a nivel nacional, y con la violencia estructural, violencia social, institucional. Articula los problemas de violencia que tienen lugar en la escuela con los problemas del entorno social y la vida cotidiana de los estudiantes. Encuentra que la violencia estructural, social e institucional se traduce en una cultura de control que es la que domina en las secundarias y con lo que se estrechan los espacios para desarrollar habilidades para la convivencia solidaria en la comunidad escolar.

Palabras clave: violencia estructural, violencia social, violencia escolar, cultura del control, convivencia solidaria.

Abstract

This article analyzes violence in schools from the consideration of social inequality, crime impunity, and social and institutional violence. The article relates the problem of school violence with the social context of students daily life. We argue that the structural, social and institutional violence creates the grounds for the control culture which prevails in the high school system. In turn, this situation closes possibilities for the development of solidarity and social well being of students.

Keys words: structural violence, social violence, school violence, control culture, solidarity and well being of students.

LA VIOLENCIA ESCOLAR EN EL CONTEXTO

Poner a discusión la violencia escolar en México requiere encontrar la forma de abordar el problema desde su complejidad, considerando las diversas dimensiones de la realidad social que, de una manera u otra, la configuran. Para profundizar en el problema haremos un recorte de la realidad, ello no significa abordarlo como un hecho aislado, sino tratar de entenderlo, desde algunas de sus interrelaciones. La violencia, en general y en particular, en las escuelas secundarias, es un proceso histórico social, entreverado en un sinnúmero de circunstancias, que no es posible tratar con todo detalle en este espacio, pero que vale la pena al menos tenerlas en cuenta. Hablaremos de la violencia escolar, principalmente de la que protagonizan los estudiantes, pero relacionándola con la violencia estructural, institucional y familiar. Nos referiremos a la desigualdad y a la impunidad como dos situaciones macro que, desde nuestro punto de vista, inciden en la violencia escolar en México.

El sello más longevo, permanente y fundamental que marca a la sociedad mexicana y le da su textura es el de la desigualdad. Una desigualdad tan abismal que difícilmente se puede hablar de una sociedad medianamente integrada (Woldenberg, 2011).

La desigualdad no sólo afecta a los que no tienen, sino que permea a la sociedad entera; "la vida es peor para todos, ricos y pobres, en las sociedades desiguales" (Escalante en Woldenberg, 2011). En cualquier nivel la desigualdad, como estructura social, nos determina, nos constituimos en ella, nos acostumbramos tanto a ella que incluso nos pasa inadvertida, como si no tuviera nada que ver con nosotros. Sin embargo, es una circunstancia propiciadora de la violencia y permea todas o casi todas las acciones relacionales en las que participamos.

En el espejismo de los promedios, México, en las estadísticas internacionales, se considera un país de ingreso medio, aún cuando sesenta millones de mexicanos son pobres y, paradójicamente, también tenemos entre nosotros a uno de los dos hombres más ricos del mundo. Al ser impuesta, la desigualdad es una violencia no reconocida, reproducida en nuestra cotidianidad y que genera una dinámica relacional de dominio y sumisión aceptada culturalmente como algo dado. La desigualdad opera a través de la exclusión y en ella reproducimos el mundo en el que vivimos. De acuerdo con algunos estudios, la desigualdad está presente en los países en donde hay más inseguridad, y más violencia. La violencia escolar no es ajena a

esta configuración social es, solamente, una expresión más.

En cuanto a la impunidad, la población mexicana asume que los ricos y los políticos, particularmente, gozan de impunidad en nuestro país. No obstante, se trata de una prerrogativa de la gran mayoría de los infractores. Este hecho tiene como origen (y consecuencia) un estado de derecho débil, incapaz de hacer cumplir las leyes, y un ambiente de corrupción que se convierte en caldo de cultivo de una violencia social que se incrementa día con día en nuestro país.

La cultura de la legalidad dominante —en la cual “el que no tranza no avanza” y donde “la ley sirve para romperse”— abona en favor de la solución de conflictos por propia mano que da lugar a una violencia generalizada. Junto con la impunidad o la recurrente no aplicación de la ley, aparecen todas las expresiones de violencia pública toleradas por las autoridades municipales, estatales y federales que, al ser continuas, inciden en el ambiente de violencia, que termina siendo parte de la normalidad de la vida pública y privada nacional.

La impunidad, igual que la desigualdad, permea todos los ámbitos de la estructura social, dando lugar a procesos sociales que reproducen la exclusión y la violencia en el nivel institucional, vecinal, familiar e individual. Así, cuando hablamos de violencia escolar estamos hablando de instituciones educativas y comunidades escolares que presentan estas características en diversas dimensiones sociales.

La violencia social —ejercida en las calles por maestros, manifestantes, policías, jóvenes, delincuentes y narcotraficantes— es parte de la vida nacional, y se “tolera”, solapa e incluso considera una práctica digna de respeto, pues “frente a la declinación de la autoridad institucionalizada, la sociedad se ha vuelto cada vez más permisiva” (Girola, 2005). En cambio, se utiliza el escándalo para tratar eventos aislados de violencia protagonizados por niños y adolescentes en escuelas básicas.

El manejo contrastante de los discursos que dan cuenta de estas situaciones, hace pensar que vivimos una crisis profunda en torno a la valoración de las expresiones generadas por la convivencia en sociedad. Los discursos, en ambos casos, dejan de lado otros espacios referentes de la problemática que abordan, como aquellos que construyen y permiten las relaciones violentas con y entre los ciudadanos, y la de los diferentes ámbitos de formación de niños y adolescentes.

La mayor parte de las secundarias públicas del Distrito Federal se ubican en colonias donde la inseguridad, la violencia y la ilegalidad no se ocultan, ni se guardan en espacios privados. Los estudiantes de las secundarias afirman que cerca de su casa hay vandalismo, “drogos”, violencia y riñas callejeras frecuentes. Según las madres de familia, “siempre están esos con su escándalo”, esto es, grupos de jóvenes que pasan varias horas al día parados en las esquinas, jugando, bebiendo, drogándose y a veces delinquiendo. En estos entornos, los puntos de venta del narcomenudeo se multiplican en farmacias, casas particulares, tienditas y, aunque las autoridades afirman desconocerlos, la mayoría de los chavos aseguran que es relativamente fácil conseguir droga.

Estos eventos urbanos, en apariencia inconexos, más que ser un telón de fondo configuran el problema de la violencia escolar. Comprenderlo así es aproximarse al problema desde su complejidad y no reducirlo a hechos aislados, o bien a comportamientos que vienen ocurriendo desde hace años.

De acuerdo con Juliana González (1998), la violencia es una fuerza que impone, que arrasa, “indómita, extrema, implacable, avasalladora, poder de oposición... se revela... como signo de impotencia, de insensibilidad, de decadencia de la vida” (p. 140). Así es la violencia siempre. La violencia lo es en cualquier espacio; sus expresiones cambian, pero no el hecho de que de que se ha convertido en una forma de relacionarse.



La violencia somete al otro quien, al ser sometido, aprende a someter y a manejar una y otra vez sólo esta forma relacional.

Usualmente, clasificamos a la violencia para ubicarla, pero siempre es una fuerza destructiva; no se trata de un recurso aislado sino de una forma social de convivir, que penetra y corroe los más diversos ámbitos. Cuando hablamos de violencia escolar, muchas veces la desvinculamos de la estructural y social. Nos referimos a la violencia que hay entre los estudiantes, y dejamos de lado el entorno: funcionarios, maestros y demás actores que conforman la comunidad escolar, sin considerar "que todos los sectores del orden institucional se integran en un marco de referencia general que, ahora, constituye un universo" (Berger y Luckmann, 2001, p. 125). Ignoramos a los demás miembros de la comunidad escolar y centramos la mirada en los estudiantes como si ellos, en forma aislada, fueran los productores de la violencia que ahí se genera. Esto nos permite incluso encontrar a un único culpable. Los medios hablan, constantemente de *bullying*, etiquetan e identifican a uno o varios alumnos como los causantes de la violencia en las escuelas. Así, desaparece toda la responsabilidad social. Entonces la violencia se desplaza, en este caso, hacia los jóvenes adolescentes y se deja de lado el problema de la descomposición de la sociedad.

Uno de los datos obtenidos a través de nuestras investigaciones, y que más nos preocupa, es el hecho de que al preguntarles a los estudiantes quién o quiénes son los responsables de la violencia escolar responden: "nosotros". Esto significa que los adultos hemos construido una sociedad violenta y, además, hemos convencido a algunos jóvenes adolescentes de que ellos son los responsables de lo que ocurre en las escuelas. De hecho, en sus respuestas, pocas veces o nunca, mencionan la imposición de las estructuras formales, ni los comportamientos de las autoridades y de los maestros.

Frente a la violencia de los alumnos, los demás integrantes de la institución escolar

generalmente responden con la cultura del control. Así, a la violencia de los primeros, se opone una violencia institucionalizada. En la mayoría de las escuelas, los castigos ahora señalados en el marco de Convivencia Escolar de la Secretaría de Educación Pública son: retención del alumno, por horas o por días, en las oficinas o en la biblioteca¹, reportes, suspensiones, y citas con los padres. Es entonces cuando se regresa la responsabilidad de la formación escolar a los padres y se les exige que "enderecen" el comportamiento de sus hijos. Este recurso es uno de los instrumentos predilectos para enfrentar la violencia escolar pero, lamentablemente, da como resultado un mayor número de enfrentamientos entre los actores de la comunidad: maestros contra alumnos, alumnos contra maestros y compañeros, autoridades contra padres de familia, padres de familia contra maestros. Todos se acusan, se juzgan, se culpan.

Dice una maestra: "Esta niña tiene una desatención muy grande, pero creo que el problema es el papá que no se hace cargo de ella; ojalá que se la quitará el DIF para que así recibiera una lección"; mientras una madre de familia interrumpe: "Todas las semanas me citan, y todo para decirme que si mi hija ya se peleó con alguien, o se pintó, o gritó. Si sigo faltando al trabajo me van a correr, por más que les digo [a las autoridades], no me hacen caso; yo ya no puedo venir" (Gutiérrez, 2013). Y las autoridades agregan: "Con razón, si él es igualito a su padre, por eso están como están... hay que suspenderlo para que entiendan los dos" (Tello, 2012).

Otros llegan a los recursos extremos: denuncias ante las autoridades, de una parte, y expulsión de los estudiantes, de la otra. Solución que la SEP no sanciona, pero que las autoridades de los planteles aplican propiciando que sean los mismos jóvenes adolescentes, junto con sus familias, quienes

1 Tal normatividad oficial pretende corregir al alumno mediante el aislamiento y la no asistencia a clases, lo cual es incompatible con la idea de que, en la escuela, el estudiante debe aprender a convivir y a estudiar cuando forma parte de un grupo y recibe la guía y orientación de sus maestros.

decidan abandonar la escuela, ya que institucionalmente las autoridades escolares no pueden tomar tales medidas.

Con frecuencia se olvida cuál es el propósito de los planteles educativos en la formación de futuros ciudadanos, útiles a la sociedad, y se dedica mucho tiempo y esfuerzo en controlar a los estudiantes, revisar el uniforme, el largo de la falda o el pantalón, el tipo de corte pelo, el peinado, el que las estudiantes no estén pintadas, el largo de las uñas, la disciplina en el salón, con pocos resultados, etcétera. Entonces queda muy poco o nada de espacio e intención para enseñarles en qué consiste la autonomía personal, la asociación, la colaboración o la solidaridad con otro, el respeto y la responsabilidad, el diálogo. Sin duda, la obediencia y sumisión son bien calificadas; no así la discusión ni el cuestionamiento. La cultura del control en las secundarias facilita opciones para la violencia, y poco abona al crecimiento de los estudiantes, como sujetos de conocimiento y creación.

Es un hecho que en las escuelas secundarias hay violencia, siempre la ha habido, pero no se le veía desde una mirada crítica, e incluso llegó a considerársele necesaria: *la letra con sangre entra*. "Si hacemos un recuento personal recordaremos que en más de una ocasión fuimos víctimas y en otras agresores y, al pasar el tiempo —que es lo más grave— pensamos que [la violencia] formaba parte de la cultura escolar" (Prieto, 2005, p. 105). La violencia, su expresión y su sentido, era otra. Hoy se habla mucho de la violencia en las escuelas, la consideramos un problema pero ¿cómo y quién la define? ¿Cómo se expresa? ¿Cómo se atiende? ¿Qué se ha logrado?

A lo largo de nuestros estudios e intervenciones profesionales en escuelas secundarias públicas² de la ciudad de México, hemos encontrado variadas formas de violencia: una explícita, que en la mayoría de las

ocasiones se reconoce, se rechaza y se asume como inevitable. Otra violencia socializada o sutil, que no se reconoce, se acepta como normal y se repite cotidianamente. Además hay *bullying*, no como equivalente a cualquier violencia, sino como "acciones intencionales y repetidas de acoso durante un tiempo, que dañan, intimidan o humillan a otra persona" (Olweus, 1998, p. 169). El *bullying* se da entre un sujeto fuerte y otro débil, quienes establecen una relación emocional recíproca, que debe atenderse de inmediato, un ejemplo en la literatura universal es *El joven Törles* de Musil (1906).

Hay otro tipo de violencia contra aquellos estudiantes simplemente ignorados por los demás y excluidos de las dinámicas de los planteles educativos. Tales acciones con frecuencia se pasan por alto incluso en los estudios sobre violencia, Jorge Ibargüengoitia, en "Rigoberto entre las ranas", expone este problema. La violencia, ya sea individual o colectiva, siempre afecta a la comunidad escolar; no sólo a quien la genera y a la o las víctimas, sino también a quien la posibilita y a todos los que comparten el espacio social. Además, se trata de un fenómeno que se expresa según el género. Frecuentemente sólo se piensa en aquella en la que participan los hombres; pero es importante, una vez más, no olvidar a las mujeres, cuyas expresiones de violencia son diferentes del sexo opuesto.

La violencia tiene diversos orígenes y consecuencias. En este trabajo nos centramos en la expresada en las relaciones, principalmente entre los estudiantes, aunque de ninguna manera asumimos que hablar de violencia escolar signifique dejar de lado las relaciones con las autoridades y funcionarios escolares, con los maestros, con los padres de familia y con el entorno, pues es en este entretejido donde se configura. En la comunidad escolar se está reproduciendo cotidianamente la violencia estructural, institucional, grupal y social, como forma de integración o desintegración de los estudiantes de la secundaria en la sociedad a la que pertenecen.

2 No significa que en las secundarias privadas no haya violencia, sólo que no son nuestro ámbito de estudio.



EL PERFIL DE LOS ESTUDIANTES DE SECUNDARIAS PÚBLICAS DEL DISTRITO FEDERAL

El 60% de los estudiantes de secundaria acude a la escuela en el turno matutino; el resto en el mixto y en el vespertino; muy pocos en el nocturno (Tello, 2011a). Poco más del 50% son hombres. Su edad oscila entre los 11 y 17 años; 60% tiene 14 años de edad. El 43% se traslada solo a la escuela y 50% es acompañado por un adulto. Un 52% vive en familia nuclear; 15% en familia extensa; 20% con su mamá, su pareja si es el caso y hermanos; 12% con su papá, su pareja si es el caso, y hermanos. El 18% afirma que sus padres lo golpean cuando lo consideran necesario, y 27% dice que cuando lo regañan sus papás se enojan mucho³.

Los estudiantes afirman que sus padres tienen derecho a tomar la decisión de cómo corregirlos. Algunos reconocen que hay reglas en su casa, pero según la gran mayoría sólo a veces se aplican. En general los padres, igual que los profesores, sólo aplican las reglas cuando se enojan; si no "son muy buena onda", pero 18% de ellos con frecuencia pasa de los gritos a los golpes. El 60% de las madres son amas de casa; 30% trabaja y 10% son madres ausentes a quienes sólo ven los fines de semana o muy de vez en cuando. Un 24% de los estudiantes piensa que el dinero de su familia es totalmente o más o menos insuficiente para cubrir sus necesidades. El 30% afirma que por su casa hay chavos parados en las esquinas sin hacer nada, delincuentes y drogadictos; 60% dice que hay cuando menos alguno de éstos. Un 24% ha tenido alguna experiencia con la policía, (aunque la edad promedio es de 14 años); 33% por ciento tiene o tuvo un pariente encarcelado justa o injustamente. El 40% piensa que es muy fácil y 26% que es fácil conseguir drogas (Tello, 2011a).

Estos datos reflejan el entorno de los estudiantes de las secundarias públicas del

DF, las cuales casi siempre se encuentran en una colonia donde venden droga (es fácil o muy fácil conseguirla), hay bandas e incluso algunos estudiantes forman parte de ellas. En sus familias se acostumbran los golpes y no hay consistencia en la aplicación de reglas. Además, los chavos afirman que sus padres tienen derecho de pegarles.

LA VIOLENCIA RECONOCIDA, LA EXPRESADA, LA NO IDENTIFICADA

La violencia en las escuelas secundarias es reconocida por un buen número de alumnos. La situación ha cambiado mucho. Hace diez años, 68% de los estudiantes decía que no había violencia en sus escuelas e incluso afirmaba: "Mi escuela es bien chida". Ahora 19% dice que siempre o casi siempre hay violencia en su escuela; 53% que a veces y 18% que nunca o casi nunca (Tello, 2010). Antes y ahora, cuando desglosamos la pregunta relacionada con la violencia y preguntamos sobre las diversas acciones que suponen su presencia en la escuela, encontramos que hay muchas que la denotan. Lo que sucede es que no siempre se reconoce pues "la violencia habitual se produce sin fin ni motivo, como algo natural" (Sofsky, 2006, p. 227). Los estudiantes que más nos preocupan son quienes afirman que no hay violencia en la escuela ¿No la ven? ¿Qué pasa con ellos? ¿La niegan? ¿Permanecen ajenos? ¿No la reconocen?

Sólo al 27% por ciento de estudiantes les agrada más estar en la escuela; 33% prefiere estar en la calle, y 40% en su casa. Esto significa que 63% de los estudiantes prefiere pasar el tiempo en otro lugar diferente de su escuela, ¿por qué? ¿Esta ya no es un espacio atractivo para los jóvenes adolescentes? ¿Acaso el clima escolar se encuentra tan afectado por la violencia, que los estudiantes prefieren otros espacios de convivencia? ¿Será que el estímulo relacional, de aprendizaje y creatividad no es suficiente atractivo para los alumnos como para contrarrestar el efecto de la violencia? A la pregunta "¿Has pensado alguna vez

³ Todos los datos sobre violencia escolar utilizados en este documento son resultados de investigaciones propias realizadas en escuelas secundarias públicas del D.F., ubicadas en diversas delegaciones.

dejar la escuela?" constantemente hay un 6% de estudiantes que responde "siempre", y un 30% "a veces" (Tello, 2011b).

El ambiente de los salones de clase es de violencia casi continua, sólo interrumpida por breves periodos de tranquilidad y productividad, cuando un buen maestro imparte clase. El problema se debe a la dinámica grupal, las desigualdades y la impunidad que allí se genera, y que da lugar a la presencia de mayor o menor violencia, casi siempre autorregulada por los mismos estudiantes. El hecho es que a menor reconocimiento de la violencia socializada, mayor es la violencia que soporta el grupo. Es importante recordar que el transgresor casi siempre es un estudiante con alto grado de aceptación entre sus compañeros, y la transgresión con frecuencia es de orden relacional. Por ello, el problema no es sólo de los estudiantes, sino de quien trabaja y dirige al grupo.

La violencia explícita tiene que ver con el poder y el reconocimiento no sólo entre estudiantes, sino también de los profesores. Los estudiantes prueban hasta dónde es posible llegar; quien se atreve más es el más popular: "lo importante es la adrenalina", aseguran. El líder en el salón de clase tiene control sobre el comportamiento grupal; puede convertirse en un problema para las autoridades escolares o estar solapado por ellas. "Los maestros me odian. Es que saben que si yo hago algo en el salón, puedo hacer que no haya clase", dice Karla, y agrega: "me veo bonita, a veces mala, desastrosa, hipócrita y rezongona" (Martínez, 2013). Karla tiene serios problemas en sus interrelaciones personales, sin embargo, el caso llegó a trabajo social por el número de materias que ha reprobado. La violencia es un comportamiento que se asocia con el éxito "se ha traducido en una imagen de triunfo, en donde vencer y derrotar es lo importante" (Baró, 2003, p. 392).

En la vida cotidiana, los actores tienden a operar a partir de una serie de presupuestos pragmáticos que funcionan como elementos orientadores de la acción colectiva.

Esto no implica necesariamente que los actores los asuman sin más (Reguillo, 2000). En las secundarias los insultos, los apodos, las burlas, los gritos, las humillaciones, las amenazas y los chantajes son parte de la relación cotidiana entre los estudiantes; el que "no se aguanta", "se pasa" o "se deja", seguramente tendrá problemas, porque para los otros es la forma de llevarse, de convivir. Sabemos que los jóvenes adolescentes utilizan más groserías en una frase, que otro tipo de sustantivo. En cuanto a los apodos, suelen mirarse por los adultos como agresión, sin embargo, el 53% de los estudiantes dicen que es la forma en cómo los identifican sus compañeros y no necesariamente les molesta, incluso, les puede gustar (Tello, 2011b). Los profesores por lo general no intervienen en este tipo de comportamientos, los consideran como parte de la cotidianidad, mientras no alteren "demasiado" el orden establecido. En ocasiones, esta forma de relacionarse les da proximidad, los conforma como grupos con sentido de pertenencia y, a partir de entonces, la autoridad se convierte en el adversario que se empeña en romper la unidad grupal.

Los golpes son reprendidos y hasta sancionados, pero más bien responden a juego brusco entre los estudiantes; pero hay que distinguir tales golpes de los que tienen lugar cuando surgen peleas, casi siempre afuera de los planteles. Los alumnos reconocen la función social de unos y otros golpes, y lo mismo deberían hacer los adultos. En los juegos sólo se lesionan por accidente; afuera de la escuela, donde son las peleas fuertes, se pueden llegar a hacer mucho daño e incluso provocar la muerte. También hay peleas a golpes y jalones de pelo entre mujeres. Con frecuencia intervienen las mamás de las mujeres, y acuden a la Delegación para denunciar este tipo de problemas. En estos asuntos no participa el personal de la escuela, sólo cierra la puerta: la calle no es su competencia, y lo que sucede allí no les incumbe. Aunque claro, siempre existe la posibilidad de sancionar lo ocurrido en el espacio que primero determinaron como fuera de su competencia.





Padres de familia, rebasados.



"La violencia social es parte de la vida nacional". Tello

No existe la aceptación al diferente, incluso ser menor o mayor a la edad promedio del grupo es visto como diferencia, ser más bonita o más feo, tener algún defecto físico, tener menos o más recursos que los demás, etcétera, convierte al estudiante en candidato a sufrir agresiones y violencia. En lo cotidiano, los chavos en las secundarias manejan los valores dominantes de la sociedad, no ejercen todavía una contracultura que les permita emanciparse de lo dado.

La violencia explícita también aparece cuando hay de por medio intereses de parejas, de subgrupos o de bandas. En cuanto a los novios y novias, *los amigos con derechos, los free*, la historia es la misma de siempre, sin variaciones y no por ello menos importante. Los jóvenes adolescentes se enamoran, se gustan, se quieren, se engañan, se celan, se golpean, se maltratan y abusan de los sentimientos del otro. Es muy difícil para ellos iniciar relaciones amorosas desde una perspectiva de igualdad, sobre todo cuando están en un ambiente de dominio y sumisión. Controlar al otro les causa gran placer. El placer y la falta de límites se convierten en ocasiones de abuso. Así, lo que empieza más o menos bien suele terminar con violencia de género. A los adolescentes les cuesta mucho trabajo manejar sus inseguridades, sus miedos y la presencia de límites. Les falta orientación y confianza en sus profesores de quienes constantemente reciben amenazas.

En cuanto a las bandas, el riesgo es mayor. Algunos estudiantes se niegan a hablar del asunto, otros no; depende para qué se junten. El 25% reconoce pertenecer a una banda. Las hay formadas por los cuates que se juntan para el grafiti o el reguetón, delictivas asociadas al vandalismo local, e incluso asociadas a la venta de droga, 13% dice pasar su tiempo libre con su banda (Tello, 2010).

Carlos cuenta que pertenece a una banda de anarquistas y que sus integrantes se juntan para agredir, son violentos y no están dispuestos a permitir la presencia de neonazis en México. Su mamá considera

que su hijo "no tiene remedio y es por culpa de su papá, por consentirlo tanto" (Núñez, 2008). La pertenencia a alguno de estos grupos trae consecuencias, produce tensiones, incumplimiento de las tareas escolares —problema que ocasiona la participación en la escuela—, involucra a otros, genera enfrentamientos y, a veces, ejerce una influencia determinante en la vida de los chavos.

Todo comienza por el deseo de satisfacer necesidades de identidad, de pertenencia y de reconocimiento, y termina en problemas muy graves. En el último año hemos encontrado varios casos de chicas de diferentes secundarias, que participan en estos grupos, desempeñando distintas funciones en cuanto a la distribución y venta de droga. Las conquistan jóvenes mayores que ellas —lo cual les da prestigio—, sean novias o no, tienen relaciones sexuales desde temprana edad y, mientras cumplen bien su misión, la pasan muy bien, poco después, la vida se les complica. En el salón de clase, estas chicas son respetadas porque tienen una banda que las apoya y las defiende de quien se atreva a molestarlas. No en pocas ocasiones, las mismas autoridades de la escuela se sienten vulnerables por tales relaciones. "El caso es muy complicado", dicen sin dar más explicaciones. Las jóvenes adolescentes casi no hablan del asunto, y lo hacen entre negaciones, confesiones incompletas, preocupaciones y también algo de vanagloria. "No puedo decirlo", aseguran, y terminan manifestando su angustia, su orgullo, su importancia e impotencia... y no tienen más de 15 años de edad. Desde luego, las chicas pasan la mayor parte de tiempo solas, sus papás trabajan, sus amigas o familiares "les hacen el paro".

Los papás se enteran en qué andaba su hijo o hija, cuando se van de la casa, se embarazan, intentan suicidarse o, con un poco de suerte, porque van muy mal en la escuela.

- ¿Y tu papá sabe que tienes novio?
- No, no puede saber. Si mi papá supiera, mandaría a golpearlo.
- ¿Por qué querría golpearlo?



– Es que Álvaro es de una banda y yo no puedo hablar con los de esa banda (Martínez, 2013).

Así, encontramos diferentes circunstancias de vida donde la violencia se entrelaza en la vida de los estudiantes, en los más variados ámbitos. De hecho, mucho de lo que sucede en los salones de clases se construye desde sus relaciones con el entorno, con los amigos y familiares. Las autoridades y los profesores saben qué pasa, pero no lo denuncian, hacen como que no lo ven, tienen miedo. Estos casos por lo general se "atienden", cuando los alumnos presentan bajo rendimiento escolar, que se expresa en las calificaciones. Pero lamentablemente no se llega a la raíz y menos a una solución satisfactoria de los graves problemas personales y sociales que viven los chicos.

En ocasiones, la fisonomía de los estudiantes del primer año de secundaria aún es infantil; no obstante ya viven experiencias relacionadas con el sexo, la violencia, el alcohol y la droga. Muchas veces son *taloneados*: los más grandes les piden dinero o comida y los chicos entregan lo que tienen. "A nosotros nos hicieron lo mismo —dicen los mayores— ahora les toca a ellos". A pesar de su corta edad, los nuevos alumnos de secundaria tienen que tomar decisiones importantes, decidir con quién y cómo relacionarse y en qué grado de intimidad y de confianza, así como enfrentarse al rechazo e incluso a enfrentamientos más o menos graves. Al mismo tiempo las autoridades escolares los tratan como sujetos incapaces de discernir: "Toda la semana va a pintar la barda, porque no cumplió con sus tareas", dice la trabajadora social de una secundaria matutina (Piña, 2013). Paradójicamente, las violencias cotidianas, en la medida de lo posible, no son vistas.

La exclusión persistente es otro tipo de violencia hacia algunos estudiantes de secundaria. Sus destinatarios sufren la indiferencia, discriminación e incluso el abierto rechazo de los maestros (que se portan mala

onda), y de los otros alumnos, quienes no los incluyen en los equipos de trabajo escolar. Se trata de estudiantes invisibles para los demás actores de la comunidad escolar, silenciosos, no violentos, ni siquiera acosadores o *bullies* —porque la víctima del *bullying* es parte del grupo—. Por supuesto, no les gusta ir a la escuela, faltan con mucha frecuencia y piensan constantemente en dejarla, no tienen amigos. Se sienten o son diferentes, interactúan muy poco, casi nada, con sus compañeros, maestros y autoridades.

Encontramos tres razones formales por las que los alumnos dejan la escuela: por problemas económicos, relacionales y de aprendizaje. Lo económico influye en que un estudiante no pueda integrarse en el grupo de pares: las carencias que refleja en su manera de vestir, aunque lleve uniforme, en sus útiles escolares o en su aseo personal (puede estar sucio u oler mal) hacen que los demás estudiantes lo rechacen. En cuanto a lo relacional, cuando el joven adolescente es muy tímido, osco o diferente en cualquier sentido, puede tener problemas con los demás, aislarse o ser excluido por falta de habilidades relacionales, identidad segregada según Mellucci. Por último, los problemas de aprendizaje no atendidos con oportunidad, provocan el rechazo al alumno por parte del grupo: no lo integran a los equipos y nadie quiere trabajar con él.

Otros factores que pueden contribuir para dejar la escuela es que el 34% de los estudiantes piensa que los chicos que abandonan la secundaria tienen oportunidades de superarse, sólo el 60% se ve estudiando en cinco años y sólo el 20% considera que el conocimiento es importante (Práctica, 2010). Así, para algunos de los estudiantes de secundaria dejar la escuela, es algo que tendrá que suceder, antes o después, no es un acontecimiento especial, en realidad es lo que esperan las autoridades y maestros de la escuela, los propios padres, incluso hasta ellos mismos. Así, dejar la escuela simplemente sucede. Es lo esperado.

SOCIALIZACIÓN DE LA VIOLENCIA, CULTURA DEL CONTROL Y CONVIVENCIA SOLIDARIA

La violencia escolar se ha convertido en una forma relacional que socializa a los estudiantes y los capacita para desenvolverse en una sociedad en descomposición, como en la que vivimos. Para ellos se trata de un ejercicio para lograr asimilar la manipulación de las cosas, que es lo mismo que asimilar las relaciones sociales (Heller en León, 1999). La violencia escolar no es un producto aislado que se genera en el ámbito escolar, sino la expresión de la violencia estructural, social, institucional e interpersonal. Se configura en torno a los problemas macro y micro sociales, familiares y personales de cada uno de los actores de la comunidad escolar, adoptando diversas facetas. Finalmente, así es como “se conforma el proceso de construcción de los sujetos [violentos] a través de la articulación de los planos de la realidad” (Guerra, 1997, p. 115).

Al interior, la violencia escolar se genera en circunstancias socio institucionales propicias que en vez de inhibirla, la exacerbaban. La escuela es hoy un espacio facilitador de la violencia –concepto de Martín Baró– un lugar donde puede ejercerse, donde pueden darse relaciones violentas y se dan. “La disciplina institucional se ha convertido en indisciplina (...) no hay significación hegemónica para significantes-vacíos como el orden, lo justo e injusto. No hay argumentos sólidos para extrapolar una significación concreta a la pluralidad de actores que conforman un orden excluyente y polarizado” (Moriconi, 2011, p. 627).

En las formas y medios de la institución escolar, distinguimos algunos problemas que le son propios:

- La desigualdad presupuesta entre el que enseña u otorga y el que aprende o recibe. Hay una diferencia funcional entre autoridades, maestros, estudiantes y padres de familia, que se entiende e instrumenta como desigualdad humana.
- Esta desigualdad se reafirma en una concepción de género muy permeada por el machismo implícito en las formas

relacionales dominantes en la escuela.

- El manejo de las normas y reglamentos es totalmente arbitrario, pues no se conciben como instrumentos de convivencia, sino como instrumentos de control. Se significan como violencia institucional, no como constructores de comunidad ni de sujetos cívicos.
- Se piensa que la violencia, como vemos en las formas dominantes de abordaje del problema, corre a cargo de los jóvenes adolescentes, no de las autoridades y maestros. Sólo se reconocen casos excepcionales y se obvia en las relaciones cotidianas. Las autoridades y los maestros corrigen la violencia, la sancionan, la re-significan y la convierten en castigo, en control. Este proceso constituye la espiral de la violencia que no es concluyente, ni cerrado.

Lo hasta aquí enunciado alude a ciertos comportamientos cotidianos de la violencia escolar protagonizada por los estudiantes. No disponemos de una mirada completa de la participación de autoridades, maestros y demás adultos que conforman la comunidad escolar. En los últimos años, hemos generado mucha información respecto de los alumnos; no tanta de los otros actores. Tenemos que seguir preguntando, conocer más, comprender significados y simbolismos de lo encontrado. Es obvio que no es suficiente etiquetar lo que sucede como violencia. Ésta se teje con la recreación de lo instituido, con la aparición de nuevas formas y nuevos significados. El reto es develar nuevas búsquedas y nuevos senderos de comprensión.

A pesar de la enorme carga social que significa la violencia, en todas sus acepciones, hay algunos avances significativos. Por una parte, hoy se reconoce mucho más el problema y su impacto. Por otra, la base científica para formular estrategias de prevención de la violencia e intervención social está creciendo.

Más que combatir la violencia, hay que desarrollar habilidades para la convivencia solidaria. Para hacerlo eficientemente hay, en primer lugar, creer y conocer cómo es





posible hacerlo. Esto requiere la transformación relacional de la sociedad y mejorar las condiciones económicas y sociales subyacentes. Una tarea mayúscula.

Tres convicciones, basadas en datos empíricos y en la práctica científica, son fundamentales en este quehacer:

- La violencia no es una consecuencia inevitable de la condición humana.
- Con suficiente compromiso e inversión, los enfoques de prevención creativos pueden generar un cambio y marcar la diferencia.
- Proteger a los niños y jóvenes contra la violencia tiene el potencial de reducir todas las formas de violencia en la sociedad, así como sus consecuencias sociales y de salud a largo plazo.

No aceptemos la violencia como práctica normal en nuestra vida cotidiana, ni en la sociedad. Desarrollemos la convivencia solidaria.

REFERENCIAS

- Baró, M. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: ED. Trotta.
- Berger y Luckmann (2001). *Construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrortu.
- Cifuentes y Camelo. (2006). "Aportes para la fundamentación de la intervención profesional en Trabajo Social". *Tendencias y Retos*, 169-187.
- Girola, L. (2005). *Anomía e individualismo: del diagnóstico de la modernidad de Durkheim al pensamiento contemporáneo*. México UAM: Antrhopos.
- González, J. (1998). Ética y Violencia. En A. S. Vásquez, *El mundo de la violencia*. México D.F.: UNAM.
- Guerra, C. (1997). "Hacia una sociología del sujeto: Democracia y sociedad civil". En León, Zemelman (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social* (p.p. 107-136). España: Antrhopos.
- Gutiérrez, A. (2013). Crónicas de: *Proyecto de investigación: modelo de atención a jóvenes en conflicto social*. México: EOPSAC.
- Heller, A. (1999) "Vida cotidiana reproducción y necesidades sociales". En E. León (Ed.), *Usos y discursos teóricos sobre la vida cotidiana* (pp. 26-57). España: Antrhopos.
- López, Gutiérrez Concepción, Francisco Javier Uribe Patiño y José Joel Vázquez Ortega (coords.) (2005). *Globalización violencia y derechos humanos. Entre lo manifiesto y lo oculto*. México: Itaca.
- Martínez, E. (2013). Crónicas de: *Proyecto de investigación: modelo de atención a jóvenes en conflicto social*. México: EOPSAC.
- Moriconi, M. (2011). "Desmitificar la violencia: crítica al discurso (técnico) de la seguridad". *Revista Mexicana de Sociología*, (73), 618- 627.
- Núñez, A. (2008). Crónicas de: *Proyecto construyendo ciudadanos*. México: EOPSAC.
- Olweus D. (1998). *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*. Madrid: Ediciones Morata.
- Piña, Viridiana. (2013) *Crónica de práctica comunitaria 1501*. ENTS UNAM. México.
- Practica Comunitaria 1501(2010). *Identidad y pertenencia en las secundarias*. ENTS UNAM. Coyoacán, México.
- Prieto, García Martha Patricia. (2005). La violencia escolar y la violencia cotidiana en las escuelas secundarias. *Revista mexicana de investigación educativa*, 77-94.
- Reguillo, R. (2000). *La clandestina centralidad de la vida cotidiana en la vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. España: Antrhopos.
- Sofsky, W. (2006). *Tratado sobre la violencia*. España: ABADA



Tello Nelia (Coord.)(2010) *Recuperando Lo Nuestro. Por una Cultura de la Legalidad*. México: EOPSAC.

(2011 a) Coord. *Violencia en las escuelas secundarias públicas del D.F. México*: EOPSAC.

(2011 b) Coord. *Recuperando Lo Nuestro. Por una Cultura de la Legalidad y la No Violencia*. México: EOPSAC.

(2012). *Crónica de taller con trabajadoras sociales de la SEP*. México

Wondelberg, J. (2011). *La desigualdad en México*. México: Nueva Época.

Zemelman, H. (1992). *Los Horizontes de la Razón I*. México: Anthropos.

NELIA TELLO.

Profesora de carrera titular "C" de la Escuela Nacional de Trabajo Social, UNAM.